



Centro de Estudios de la Realidad Nacional
Revista Argentina Virtual & Actual



Argentina
Virtual & Actual

Centro de Estudios de la Realidad Nacional

Director: Fernando de Estrada

Centro de Estudios de la Realidad Nacional

Año 11.
septiembre - octubre de 2012

Nº 53

Salud Mental y valores morales

*(Diálogo entre Monseñor Héctor Aguer, Fernando de Estrada
y Julio César Labaké en el programa radial
“Los Dos Reinos”, que se transmite los domingos
de 9 a 11 por AM 1270, LS11 Radio Provincia de Buenos Aires)*

Fernando de Estrada: -En un programa anterior estuvimos conversando con el doctor Ricardo Nadra acerca de la Ley de Salud Mental que rige ahora en la Argentina; él nos expuso entonces el contenido básico que tiene esa Ley: altera esencialmente el concepto de enfermedad mental a tal punto que lo elimina. Puede afirmarse como conclusión del texto de esta Ley que no existen enfermedades mentales, que lo que se considera tal aparece en algunas personas como una manifestación de repulsa a valores entendidos en las sociedades donde viven y que serían por consiguiente relativos y de no demasiada importancia. Entonces la tarea del terapeuta mental se reduciría a ayudar a esa gente a integrarse, pero de ninguna manera podría considerarse que fueran enfermos o que debieran renunciar a ese carácter diferencial que manifiestan.

Monseñor Héctor Aguer :-Quizás detrás de ese juicio que se ha convertido en criterio legal está la idea de que es la sociedad la que enferma a la persona, y que después de todo el enfermo mental, como se lo consideraba antes, es una víctima de la situación

Estrada: -Lo cual nos llevaría también a no encontrar diferencia entre sociología y psiquiatría.

Mons. Aguer: -Es una socialización del problema psiquiátrico.

Estrada: -Este es sin duda un tema que se las trae, con muchísimas aristas, y por ello es bueno que lo comentemos con el doctor Julio Labaké, podríamos decir nuestro asesor o columnista en cuestiones delicadas de psicología.

Labaké: -Ojalá podamos colaborar en un tema tan sutil como el que se ha planteado y que tiene derivaciones y precedentes preocupantes para la conducta de la condición humana.

Estrada: ¿Y qué se debe pensar de los presupuestos ideológicos de la Ley de Salud Mental que hemos comentado en términos generales?

Labaké: -Ese contenido global lo conozco; pues no es nuevo en la Argentina; hace décadas, cuando era estudiante y cuando hice el doctorado, ya se hablaba de esto, pero no con la afirmación categórica de un texto legal. Esto tiene otro cariz. Yo haría primero una observación, con mucha prudencia, entendiendo que manejamos conceptos muy sutiles pero algunos cargados de muchas consecuencias. La experiencia terapéutica de mis años de consultorio no me dice lo mismo sino que contradice el espíritu de la Ley. Lo compruebo cada vez que me encuentro con una persona instalada en un delirio de persecución, de delirio místico o de lo que se quiera, y que vive en ese mundo fabricado por ella. Voy a dar como ilustración el caso de un joven paciente de veinticuatro años que me aseguraba haber visto un marciano en la vereda de mi consultorio. Y eso pasaba, decía, a causa de una conspiración de marcianos organizada contra él; yo, con aire casi ingenuo pero con toda intención, lo invité a que saliéramos juntos para individualizarlo. Bajamos a la calle, y me señaló su marciano: un muchacho pecosito, pelirrojo y con camisa a pintitas, que eran los elementos por los cuales mi paciente lo consideraba marciano. Un delirio de este tipo no me presenta una persona que esté en condiciones de convivir normalmente con el resto de la sociedad sino una que va a generar problemas para sí y para los demás, de modo que la experiencia terapéutica no marca lo mismo que expresa el espíritu de la Ley,

Mons. Aguer: -Esto es ya una aclaración importante que podremos profundizar para perfilar mejor el concepto.

Estrada: -Quizás la negativa a aceptar el concepto de enfermedad mental proceda de otra actitud: negar que exista algo que se llama salud mental porque ésta sería una construcción cultural. Ya que el género o el sexo son considerados construcciones culturales y no datos de la naturaleza, ¿por qué no se va a decir lo mismo de la salud mental?

Labaké: -Yo creo que por ahí viene la cosa. La corriente apareció cuando comenzó a negarse que existe una naturaleza humana, o si se quiere condición humana, es decir, algo que caracteriza al ser humano y lo diferencia sustancialmente de las otras formas de vida; no parece que esto se pueda discutir. Cuando veo obrar a un animal, sé que es simplemente objeto de sus instintos, y los instintos son fuerzas innatas mecánicas unidireccionales. El animal obra en relación a eso que lo tiene preso; o sea el instinto. Si el animal en este momento detecta un pedazo de carne asada sobre un plato que no está destinado a él y se lo come, no comete ningún delito porque es la víctima de la fuerza de sus instintos. El hombre no está en la misma situación porque no tiene instintos como los animales sino que tiene pulsiones que son semejantes, pero mucho más ricas y variadas; además, junto con las pulsiones que lo inclinan a algo, el hombre tiene la

razón para discriminar si ese objetivo es o no razonable para la vida humana. Yo no puedo negar que hay una naturaleza o condición humana. Aquí comienza el problema.

Mons. Aguer: -Por otra parte, los desórdenes de las pasiones y las perturbaciones del ánimo afectan el desarrollo de una personalidad, o sea que bloquean el acceso a esa plenitud que podemos llamar madurez y que sin duda guarda relación con el concepto de salud.

Labaké: -Totalmente de acuerdo; a esa conclusión hay que llegar si uno sigue analizando en profundidad. Y es casualmente el tema que estoy meditando porque pienso escribir un libro donde cerraría mis reflexiones sobre el tema –el libro se llamaría algo así como “Valores y Trascendencia”-. Lo que pasa es que en cierto momento el hombre interpreta que ha comenzado a emanciparse de esa realidad que es su naturaleza, sobre todo cuando aparece el iluminismo en coincidencia con el desarrollo de las ciencias y en los últimos tiempos con la tecnología moderna, que le da un poder enorme para manejar los secretos de la naturaleza cósmica. Este hombre moderno parece dispuesto a decir que no hay nada por encima de sus capacidades de decisión personal y de decisión social.

Mons. Aguer: -Hay un rechazo de lo dado en ese hombre que no se reconoce en la posición de heredero, ni advierte lo que debe a la continuidad de las generaciones, ni a la cultura.

Labaké: -Aun así, podría admitirse la existencia de un ser del cual depende en última instancia el misterio de la condición humana que los humanos hemos llamado siempre Dios.

Mons. Aguer: -El reconocimiento del hombre como criatura.

Labaké: -Claro que, volviendo al simbolismo bíblico, sería repetir el pecado original: quiero ser Dios, no quiero que haya otro Dios al cual tenga que rendir cuentas. Yo me manejo conmigo mismo, yo soy Dios. En el fondo, el planteo a la larga es éste.

Mons. Aguer: -Y eso resulta enfermante.

Labaké: -Estoy de acuerdo porque la experiencia demuestra que esa aspiración es imposible. Y esa aspiración a ser Dios choca en la realidad con el sufrimiento y la muerte y entonces el hombre se encierra en una pretensión absurda y genera el clima de depresión que tenemos en los tiempos actuales.

Estrada: -Y ahí encontramos de nuevo la explicación de por qué se rechaza el concepto de salud mental, que me parece se vincula también a un estado de salud moral; pero si se destruye la moral y se dice de ésta que es un instrumento de sujeción a ese ser con quien se quiere romper, con el concepto de moral se va también el concepto de salud.

Labaké: -Efectivamente. Yo comentaría eso tan rico que acabas de decir agregando que la experiencia –y he tenido casos que ilustran de manera maravillosa– muestra que cuando una persona ha desarrollado un delirio y logra salir de él, una vez curada se dice a sí misma: “¿Cómo pude yo imaginarme que el mundo funcionaba de

esta manera? No lo puedo entender”. Lo que nos hace ver que viviendo esos compromisos que llamamos valores, viviendo ese compromiso que llamamos respeto por la verdad, uno vive bien y convive bien. Esto es innegable. Lo dice la experiencia y no sólo la teoría.

Estrada: -Pot eso se puede establecer una relación entre la salud mental y el modo moral de vivir. Recuerdo en este sentido una teoría de la cual poco se habla que explicaría el sida por una actitud de abandono de las reservas morales ante la vida que traería también como consecuencia la declinación de los aspectos puramente biológicos y orgánicos. Por supuesto, no hago ninguna afirmación en este terreno incierto por lo menos para mí, pero de todos modos hay en esto una resonancia del espíritu de armonía y unidad que debe haber en la vida humana. Contra ello marchan ahora las teorías llamadas deconstructivistas.

Labaké: Has tocado un tema muy metido en el principal que estamos tratando. El deconstructivismo actual necesita por lo menos un examen serio y crítico porque puede convertir la vida en una especie de risotada total. La vida vista desde el constructivismo pasaría a ser un chiste. Con los mismos argumentos con que puedo afirmar una verdad podría afirmar lo contrario de la verdad. Significaría volver, no es mucha novedad decirlo, al mundo de los sofistas.

Mons. Aguer: Eso implica necesariamente una existencia inauténtica, vivir una ficción, porque hay que definirse sobre determinadas realidades especialmente cuando ellas saltan a la vista, o cuando no se las puede negar. Creo que detrás de estas posturas hay algo malsano. Así como Aristóteles decía en otro ámbito que en todo pecado existe un error acerca de la virtud hay también por ello algo de locura, de insania.

Labake: -Volviendo a la experiencia, uno comprueba que vivir correctamente de acuerdo a ciertos valores y verdades es lo más económico desde el punto de vista humano, porque significa menos desgaste, menos destrucción, menos daño. No hay nada más maravilloso que vivir en esa armonía del respeto a los valores, que queramos o no queramos son anteriores a nosotros. Porque nadie puede sostener que los valores -valor justicia, valor amor, valor lealtad- fueran solamente una construcción humana elaborada a través de los milenios por esfuerzo de la mente y de la acción humana; de otra manera, tendríamos que decir que ya que son creaciones, cada uno de nosotros también podría crear con otra dirección, y decir que el amor es malo, que la justicia es perversa, que la lealtad es falsedad. Porque son construcciones humanas. Puedo construir un automóvil Mercedes Benz y un Fiat de distinta calidad y distinto tamaño porque estas son obras de mi poder creador que manejo a discreción. Si los valores fueran igualmente obra de mi poder creador los podría variar, pero la realidad es que yo no los puedo variar. Yo no puedo hacer que amar sea malo o peligroso, que ser sincero sea nocivo para la vida humana. Yo no puedo inventar eso, lo cual me pone de cara ante otra realidad y es que los valores tienen algo de trascendencia que yo no puedo resolver, Esto es lo que el hombre de hoy no quiere admitir, Para no admitirlo, no admite nada que sea normal o ideal hacia lo cual haya que tender. Éste es el riesgo -lo digo con prudencia tratando de crear un clima de diálogo para quienes no piensan igual- en que hemos caído en los tiempos actuales y que he tratado en mi libro último “Redescubrir la Autoridad”. Hemos convertido la igualdad en igualitarismo; para que nadie se sienta diferente de nadie hemos igualitarizado todo, y esto es un error porque no responde a los datos de la realidad, y vuelvo a invocar a la experiencia.

Estrada: -Y representa también un retroceso intelectual, porque conocer los valores todo a lo fondo que se pueda es un gran desafío enriquecedor para la inteligencia, pero lo que se ha elegido ahora es un camino de pereza y más árido que lleva a dudar metódicamente de que haya valor alguno. Los resultados de una meditación emprendida sobre tal escepticismo son forzosamente muy pobres.

Mons. Aguer: -Por otra parte esa especie de igualación objetiva de los valores va acompañada por una homologación también subjetiva, es decir, es una tendencia a suponer que somos todos iguales, lo cual hace perder la originalidad propia de cada uno: todo eso finalmente tiene que tornar la vida incómoda.

Labaké: -Porque en el fondo encierra una confusión aun en los términos. Una cosa es que todos somos iguales en dignidad humana. Esto es indiscutible. Pero no todos somos iguales en calidad de realización humana, y esto es lo que no se quiere admitir. No todos somos iguales en calidad o realización de vida humana. Admitimos el concepto de calidad de vida pero después en la práctica no aceptamos que haya diversos niveles de calidad de vida. No admitir la desigualdad es no aceptar la experiencia humana. Somos iguales en dignidad, todos merecemos el mismo nivel de respeto, pero no todos logramos el mismo desarrollo de existencia humana.

Mons. Aguer: -Además hay originalidades personales que son complementarias y que hacen a la riqueza de la comunidad. Por ejemplo, yo a veces veo en las costumbres de los jóvenes esa tendencia a la homologación ya sea por módulos impuestos o por modas que hacen que se pierda una riqueza muy propia que se debe ir cultivando desde los años jóvenes.

Labaké: -Sí, y eso me hace reflexionar que estas posturas que son presentadas como una culminación del esfuerzo de la razón en el fondo expresan desconfianza y negación de la razón, porque la razón no muestra eso sino lo contrario. Estamos viviendo en un mundo donde nos queremos emancipar en base a que lo podemos crear todo nosotros, pero estamos descreyendo del poder de la razón que nos indica cómo las cosas son de una manera y no de otra. Cuando pretendo que todas las vidas humanas desde el punto de vista psíquico son igualmente normales, que no hay normal y anormal, estoy negando la realidad en base al esfuerzo empeinado de una razón que no respeta la realidad.

Estrada: -Volvemos a la cuestión de que la razón tiene límites, a pesar de la amplitud del campo que es de su competencia. Es decir que la realidad se prolonga más lejos del punto hasta donde ha indagado la razón. Muchas de esas razones aparentes que van contra la racionalidad lo que contienen es un concepto de otro tipo. Como el iluminismo del siglo XVIII, que en definitiva reducía la razón a lo que determinados filósofos opinaban en el momento, a menudo con espíritu bastante poco filosófico y demasiado político, como en los casos de Voltaire y de Rousseau; en la práctica equivalía a ir contra la razón en nombre del racionalismo. Me parece que esto es lo que se está dando como uno de los fundamentos de este fenómeno actual de irracionalidad, de retorno a los sofistas. A los sofistas se los suele considerar como unos meros alquilones a quienes no les interesaba la verdad sino que se limitaban a preparar mediante la oratoria a los políticos sin inculcar a éstos otra meta que el ejercicio arbitrario del poder. Todo esto es cierto, pero eran mucho peor que eso: eran negadores.

de la razón, y por eso la gran importancia que tienen Platón y Sócrates por haberlos refutado. Me parece que hoy tenemos más que un retorno de los sofistas un reverdecimiento de su continuidad, porque hay siempre en un sector de la humanidad cierta enemistad con su razón. Parece que refugiarse en la razón no le diese tranquilidad, ni tampoco el acoger las bondades del orden y de lo estético.

Labaké: - Yo quisiera hacer otro salto a la experiencia recordando uno de los libros que me emocionó más hace algunos años, "La Personalidad Creadora" de Abraham Maslow. Este autor integró la escuela de la psicología humanista. En un pasaje de ese libro plantea lo siguiente: los valores que nos comprometen no son creados por el hombre sino que son propios de la naturaleza humana, se desprenden del ser humano y no se inventan. Dice "Nadie puede discutir que es mucho mejor comer una comida bien preparada, servida en una mesa limpia y con cubiertos limpios, con una bebida agradable, que comer como un animal. De la misma forma no es lo mismo el sexo vivido de una manera brutal que el sexo vivido con profundidad humana. Hay cosas que son normales, ricas, propias de la condición humana y hay cosas que se pueden hacer pero que no alcanzan la belleza, la riqueza, la profundidad de la condición humana. Negar que hay valores y verdad, normalidad humana, es negar la realidad"-



Centro de Estudios de la Realidad Nacional
Revista Argentina Virtual & Actual



Argentina
Virtual & Actual

Centro de Estudios de la Realidad Nacional

Director: Fernando de Estrada

Centro de Estudios de la Realidad Nacional

Año 11.
septiembre - octubre de 2012

Nº 53

Los centros culturales católicos: por un nuevo humanismo

por
Monseñor Héctor Aguer

*(Discurso en el Encuentro de los Centros Culturales Católicos del Cono Sur.
Buenos Aires, 19 de septiembre de 2012)*

La identidad de los centros culturales católicos ha sido suficientemente definida en numerosos textos del magisterio del beato Juan Pablo II y en las publicaciones del Pontificio Consejo de la Cultura. Su existencia y desarrollo se vincula al trazado de una pastoral de la cultura, que en la actualidad resulta de particular importancia para la misión evangelizadora de la Iglesia. En efecto, podemos afirmar que la nueva evangelización consiste fundamentalmente en la evangelización de la cultura. A ilustrar esta afirmación he dedicado mi aporte al IV Encuentro de Responsables de Centros Culturales Católicos del Cono Sur, realizado en Asunción en 2009. Es bien conocida la enseñanza de Juan Pablo II, expresada en la Carta de fundación del Pontificio Consejo de la Cultura: *una fe que no se convierte en cultura es una fe que no es acogida plenamente, que no está enteramente pensada, que no está plenamente vivida*. Se trata, pues, de hacer llegar la luz y la novedad del Evangelio al corazón del hombre, a sus criterios y estilos de vida, a la articulación de las sociedades, a la cultura de los pueblos. Una seria pastoral de la cultura, asumida en la misión evangelizadora, requiere la creación de centros culturales en el ámbito de las más diversas actividades humanas; esta vía, que podríamos denominar descendente, debe complementarse con el movimiento

inverso: la posible dispersión de centros culturales católicos ya existentes, que actúan aisladamente, reclama ser recogida en un proyecto cultural –pienso especialmente en la Iglesia particular- que los integre y armonice sus finalidades en una intencionalidad objetiva dirigida a cubrir las necesidades concretas y a dar respuesta a las exigencias de la evangelización en una diócesis, en un país, en una región.

La identidad de los centros culturales católicos se constituye y se verifica por su finalidad misma y por el desarrollo de sus actividades, las cuales, según el propósito fundacional o en virtud de la orientación que históricamente han ido adoptando, cubren, contemplados en su conjunto, los más variados ámbitos de la vida. Podemos decir que cada uno de ellos tiene su propia identidad, si bien todos ellos participan de una identidad común que tiene su fuente en el principio de inculturación del Evangelio o evangelización de la cultura. Las diferencias de objetivo particular, estructura y denominación confluyen en su carácter de lugares fronterizos de la presencia eclesial; un centro cultural católico opera en los ámbitos a los que normalmente la comunidad eclesial no alcanza mediante la acción de sus organizaciones pastorales básicas, en aquellos sectores donde se gestan las nuevas vigencias culturales y se deciden las orientaciones de la mentalidad y el estilo de vida de personas y sociedades. Este rasgo decisivo ajusta la definición y permite distinguir, por ejemplo, un centro cultural de una universidad católica, de un colegio parroquial, de un instituto en el cual se cumple un itinerario curricular y se obtiene un título. Estoy aludiendo al sentido de gratuidad, a la flexibilidad y libertad de movimientos necesarios para cumplir una finalidad de discernimiento de los nuevos fenómenos culturales, de acogida, escucha y diálogo con interlocutores no siempre cercanos a la vida eclesial y muchas veces indiferentes o refractarios a la visión cristiana del hombre y del mundo. Desde estas avanzadas de la Iglesia en la sociedad contemporánea es posible difundir la *Weltanschauung* católica. Se supone en lo dicho que las instancias eclesiales mencionadas tienen un papel a desempeñar en la pastoral de la cultura; pueden además crear y sostener centros culturales como extensión de su actividad específica. Una parroquia puede también expresarse a través de un centro cultural: más aún, habría que aspirar a que en cierto modo toda parroquia, como última localización de la Iglesia, sea sujeto y protagonista de una pastoral de la cultura en cuando centro integral de evangelización.

En el documento *Para una Pastoral de la Cultura* y en el *Vademecum para los Centros Culturales Católicos*, el Pontificio Consejo de la Cultura propone como finalidad de eficaces iniciativas en este campo la realización de un nuevo humanismo cristiano. Esta expresión *nuevo humanismo* puede parecer grandilocuente, pero en realidad no cubre una aspiración utópica. El Concilio Vaticano II la utilizaba en *Gaudium et spes* 55 para resumir las notas características de la cultura entonces contemporánea. Si despojamos de un tono de solemnidad al nombre *nuevo humanismo cristiano*, podemos reconocer que designa la

consecuencia de la transmisión y vivencia plena de la fe, una realidad que ha resultado en diversas épocas de la obra evangelizadora de la Iglesia. Una realidad, vale la pena añadir, típicamente católica. Rudolf Bultmann, que ejerció un fuerte influjo en el pensamiento cristiano del siglo XX asumió con claridad una postura anti-humanista. Describía el humanismo como aquel modo de pensar que comprende la formación espiritual como una fuerza que hace que el hombre sea propiamente hombre; y destacaba *su fe en el espíritu, en la nobleza del hombre, en lo verdadero, en lo bueno y en lo bello, de tal forma que todo esto, es decir, lo formativo del hombre, se puede alcanzar y encontrar acudiendo a la antigüedad greco-romana como el medio clásico insuperable de formación*. Desde una perspectiva típicamente protestante, Bultmann afirmaba que *el mundo del más allá, el Espíritu de Dios, no es un principio formativo en el mundo de lo visible. No existe una ética cristiana, no existe un programa político o social de la fe cristiana, no existe un arte cristiano, no existe una formación cristiana, un humanismo cristiano*. El Santo Padre Benedicto XVI, en el discurso pronunciado en la Universidad de Ratisbona, reseñó el intento de deshelenización del cristianismo programado desde el inicio de la época moderna y que surge en conexión con los postulados de la Reforma del siglo XVI; Bultmann, en las huellas de Adolf von Harnack y de la teología liberal, es un representante de la segunda etapa de aquel proyecto. Se intentó programáticamente liberar al cristianismo de elementos filosóficos y teológicos que resultan de opciones fundamentales de la tradición eclesial, las cuales atañen a la relación entre la fe y la búsqueda de la razón humana y –como explica el Papa– forman parte de la fe misma.

El ideal humanista se podría sintetizar en esa frase de Terencio: *Soy hombre, y nada de lo humano me es ajeno*. Desde una perspectiva cristiana habría que decir que lo primero que califica al humanismo es la aceptación de que el hombre es realmente una gran obra de Dios, la culminación de la creación visible, dotado de verdad, bondad y belleza, de tal manera que estudiar al hombre, ocuparse con interés de las cosas humanas, de lo que el hombre ha hecho en su historia y de lo que puede prometer para el futuro, es una empresa dignísima. Creado a imagen y semejanza de Dios, el hombre participa de modo eximio de la verdad, bondad y belleza del Creador. Según Santo Tomás de Aquino la imagen divina reside sobre todo en la libertad. Por cierto, la doctrina católica reconoce la existencia del pecado original y mide cuidadosamente sus consecuencias; pero esa realidad, que lo hace tributario de una historia del mal, es incapaz de abolir sus posibilidades de bien y deja su libertad disponible para que, con la ayuda de la gracia, sea replasmada en él la imagen divina de modo que encaminándose a la salvación pueda realizar en este mundo el designio de Dios. Podemos afirmar entonces la posibilidad de una formación cristiana, de una filosofía cristiana, de una cultura cristiana, de un humanismo cristiano. Hablábamos antes de un *nuevo* humanismo cristiano, el que corresponde al encuentro entre la fe y la cultura del tercer milenio. La referencia a la *paideia* griega y a la *humanitas* romana es en cierto modo insoslayable; Benedicto XVI

explica los alcances de esa relación de la fe con la cultura clásica en el mencionado discurso de Ratisbona. Buceando en la historia de esa relación se advierte que el vínculo entre cristianismo y humanismo resulta siempre problemático y requiere nuevos planteos y ajustes.

El humanismo no es por sí mismo necesariamente cristiano. Entre los Padres de los primeros siglos pueden comprobarse posiciones contrastantes: algunas contrarias a la filosofía y a la literatura pagana, que son presentadas como una falsa sabiduría contraria al cristianismo; otras acogedoras y optimistas, que descubren en la cultura contemporánea las “semillas del Verbo”, el rastro del *Lógos*. Ha existido, sin duda, un humanismo pagano, aun en épocas cristianas, así como en el siglo XX se habló del drama del humanismo ateo. Una discusión típica es la entablada a propósito de la interpretación del humanismo del *quattrocento* italiano y de comienzos del siglo XVI. El concepto de humanismo está ligado al de renacimiento, siempre por referencia a la relectura y actualización de las fuentes greco-romanas; se trata, en diversos períodos históricos, de redescubrir la cultura antigua, asimilar lo perenne de la misma en una nueva situación y ante nuevas orientaciones del pensamiento, descubrimientos científicos y opciones vitales concretas. En esta línea, se ha hablado de renacimiento carolingio y del humanismo de los siglos XII y XIII. Se puede describir también el decurso del humanismo moderno y su alejamiento de la fuente cristiana. En la encíclica *Spe salvi* Benedicto XVI propone un discernimiento del mismo, caracterizado por una filosofía inmanentista del progreso y por la clausura de la razón en un campo restringido de lo científico, cerrado a la dimensión metafísica.

La aparente digresión en la que me ha entretenido se justifica como evocación de algún punto de referencia para la posible comprensión del nuevo humanismo, que se propone como meta de una pastoral de la cultura y como inspiración de la obra a desarrollar por los centros culturales católicos. El problema principal que plantea la cultura contemporánea –podemos declinar el nombre en singular aludiendo a la globalización– es su fuerte impronta secularista, la de un antropocentrismo cerrado a la trascendencia, es decir, anclado en la exclusión de Dios. Ahora bien, la exclusión de Dios conduce a la destrucción del hombre, como punto final de su extravío en un inmenso desierto. Es oportuno recordar, por su pertinencia en orden a una pastoral de la cultura, lo que enseñaba Juan Pablo II en *Dives in misericordia* (§ 1, in fine) sobre la necesidad de articular, de manera orgánica y profunda, antropocentrismo y teocentrismo. El humanismo se descompone y fragmenta cerrándose sobre sí mismo, se frustra radicalmente si descarta la inquietud por reconocer la verdad del hombre con todas sus implicancias. *Hoy*, dice Benedicto XVI, *el peligro del mundo occidental –por hablar sólo de éste– es que el hombre, precisamente teniendo en cuenta la grandeza de su saber y de su poder, se rinda ante la cuestión de la verdad*. La cuestión de la verdad, la afirmación de la capacidad de la razón humana para alcanzarla, la

razonabilidad de la fe y el lugar de la religión en la vida pública son los problemas principales de la cultura contemporánea; el aporte de la Iglesia en el ejercicio de su misión evangelizadora y concretamente a través de una pastoral de la cultura son decisivos para la suerte del humanismo. El magisterio del actual pontífice ofrece a este respecto una guía segura; quiero referirme a cuatro textos suyos fundamentales.

En el célebre discurso de Ratisbona, pronunciado ante personalidades del mundo de la cultura, Benedicto XVI argumentó sobre la necesidad intrínseca de un encuentro entre la fe y la razón, entre ilustración auténtica y religión. Lo hizo por referencia al histórico encuentro entre la fe bíblica y la filosofía griega y a la convicción eclesial de que existe una verdadera analogía entre el Creador y la creatura, entre Dios y nosotros, entre el *Lógos* divino y la razón humana. La cultura de la modernidad redujo el ámbito de la ciencia –que según la tradición aristotélica es el conocimiento por las causas, sin excluir la causa primera– y también el ámbito de la razón misma a la sinergia entre abstracción matemática y método empírico. De este modo, excluyó de las posibilidades de la razón la consideración sobre la Trascendencia, la pregunta acerca de Dios, como si fuera un empeño irracional. Con ese criterio reduccionista se abordaron las ciencias humanas: la historia, la psicología, la sociología y la filosofía misma. La ayuda principal que el cristianismo puede hacer hoy a las culturas de la humanidad es propiciar la relación entre la verdad de la fe y las búsquedas de la razón humana, para ampliar el concepto de razón y de su uso. El valor de semejante aporte queda señalado en esta afirmación del pontífice: *una razón que sea sorda a lo divino y relegue la religión al ámbito de las subculturas, es incapaz de entrar en el diálogo de las culturas.*

En el discurso que preparó para el encuentro –no realizado– con la Universidad “La Sapienza” de Roma, el Santo Padre hablaba nuevamente sobre la fatigosa búsqueda de la razón para alcanzar el conocimiento de la verdad íntegra. Destaca también la relación entre conocimiento de la verdad y conocimiento del bien; lo que está en juego es el fundamento de la ética y la base de la vida social, de un ordenamiento jurídico-político digno del hombre y de su aspiración a la justicia, para el cual resulta insuficiente un mero consenso mayoritario. En ese texto Benedicto XVI recuerda como función propia de la universidad mantener despierta la sensibilidad por la verdad; expresión muy bella que puede ilustrar asimismo al papel de los centros culturales católicos y la inspiración con que los mismos deben empeñarse en la argumentación que es preciso desplegar en los diálogos y debates que se entablan en el mundo de la cultura. Otra afirmación a destacar: *la historia del humanismo desarrollado sobre la base de la fe cristiana, demuestra la verdad de esta fe en su núcleo esencial, convirtiéndola en una instancia para la razón pública.* Este enunciado pondera que el humanismo cristiano cumple el papel de un preámbulo de la fe y le abre a la fe el camino para que actúe como fuerza purificadora de la razón y de la organización social.

Los discursos pronunciados por el Papa en Westminster Hall el 17 de septiembre de 2010 y en el Parlamento de la República Federal de Alemania el 22 de septiembre de 2011, se refieren respectivamente a la presencia pública de la religión y a los fundamentos del derecho. Son complementarios y retoman la cuestión acerca de la amplitud de la razón en su búsqueda de la verdad, que había abordado a las dos intervenciones anteriores, como aplicación más explícita del tema al ámbito jurídico-político. Ante el Parlamento británico Benedicto XVI expuso la fundamentación ética de la vida civil y de la actividad política; el fundamento está en principios enraizados en la ley natural. La tradición apostólica afirma que las normas objetivas para una acción justa de gobierno son accesibles a la razón, prescindiendo del contenido de la revelación; la fe presta su ayuda al proceso por el cual, ejerciendo su capacidad nativa, la razón se aplica al descubrimiento de principios morales objetivos. El pontífice llama la atención sobre una tendencia creciente a marginar al cristianismo de la vida pública, y a retacear a los cristianos que asumen responsabilidades políticas el derecho a ejercerlas con plena libertad según su conciencia basados en principios éticos y convicciones de fe basados en el magisterio de la Iglesia. Estas enseñanzas pontificias invitan a subrayar la importancia, en el orden teórico, de los conceptos de naturaleza humana y de ley natural, y en el práctico la necesidad de coherencia en la actuación de los cristianos en la vida civil y política. En el discurso ante el Parlamento alemán el Papa presentó las fuentes de la cultura jurídica occidental, la naturaleza y la razón, fundadas en la Razón creadora de Dios. Dicha cultura fue un fruto del encuentro entre Jerusalén, Atenas y Roma: la fe bíblica en Dios Creador, la razón filosófica de los griegos y el pensamiento jurídico romano. También alertó sobre las consecuencias del positivismo jurídico y propuso discutir sus fundamentos a partir de los conceptos fundamentales de naturaleza y razón. Desde esta perspectiva se puede esclarecer la noción de los derechos humanos y encontrar respuesta a los problemas de una ecología humana integral.

La argumentación del pontífice en los cuatro textos reseñados es un modelo de diálogo cultural que puede inspirar el aporte de los centros culturales católicos a los debates en curso, cuyo resultado incidirá, sin duda, sobre la realización de la justicia en las sociedades contemporáneas y en la paz mundial. Más profundamente, si se quiere, el diálogo cultural emprendido por los católicos, y llevado adelante con lucidez, rigor intelectual, comprensión, paciencia y amor, será decisivo en la configuración de un nuevo humanismo, de un humanismo que pueda calificarse de cristiano.

Estos elevados lineamientos no deben hacernos pensar que los centros culturales católicos sólo pueden florecer en los niveles académicos. Sirven de inspiración y de guía y pueden descender por aplicación gradual a todos los ámbitos de la pastoral de la cultura. Es preciso reivindicar siempre una saludable

continuidad entre cultura académica y cultura popular y un enriquecimiento recíproco entre ambas. Además ninguna frontera, ningún paraje de la cultura humana debe quedar descuidado. *Small is beautiful*, lo pequeño es hermoso, como reza el título de la famosa obra de E. F. Schumacher. Los centros culturales católicos pueden ejercer una acción múltiple, muchas veces sencilla pero nada insignificante, potencialmente capilar, para transformar la cultura humana según el designio de Dios; de allí su papel providencial en la obra evangelizadora de la Iglesia-



Centro de Estudios de la Realidad Nacional
Revista Argentina Virtual & Actual



Argentina
Virtual & Actual

Centro de Estudios de la Realidad Nacional

Director: Fernando de Estrada

Centro de Estudios de la Realidad Nacional

Año 11.

septiembre - octubre de 2012

Nº 53

Cuando el Congreso estaba vivo
por
Fernando de Estrada

Al hojear “El Congreso que yo he visto”, de Ramón Columba, se lamenta espontáneamente que a este notable libro no se le rindan desde hace tiempo los honores de la reedición, cuando en su momento llegó a promover innumerables conversaciones y comentarios, casi siempre amables. Es cierto que los hechos que relata han ido perdiendo la cuota de actualidad relativa que los envolvía al tiempo de su primera publicación, pero aun así forman una historia inmediata de la política argentina de suma utilidad para esclarecer los asuntos hodiernos. Inclusive desde el punto de vista bibliográfico es algo muy singular, con su combinación de textos, retratos y caricaturas y su estilo coloquial. Si existiese cosa semejante para la política francesa o norteamericana es altamente probable que el público siguiera apreciándolo en su justo valor. O lo estaría sobreestimando.

Porque sin desmedro de sus méritos, “El Congreso que yo he visto” no es un libro profundo. Lo cual nada tiene de negativo en una obra que no pretende serlo y cuya intención, según declara el autor, se limita a comunicar unos recuerdos que ayudarán a los muchachos jóvenes a darse cuenta de que antes de ellos hubo alguna gente que hizo cosas.

Pero en realidad Columba llegó más lejos sin quererlo. Las evocaciones llenas de color y movimiento de tantos personajes y situaciones como describe dan material para reflexionar sobre qué pasó en el país y en el Congreso que vio Columba para que las cosas sean ahora tan distintas.

Columba entró a trabajar de taquígrafo en la Cámara de Senadores muy jovencito, en 1906. Allí permaneció hasta jubilarse como jefe del cuerpo de taquígrafos del Congreso en 1943; principalmente por gusto, ya que durante esos años fundó y desarrolló la editorial Columba, sólida empresa periodística responsable en su época de Intervalo, El Tony y otras memorables revistas de historietas, y también de “Páginas de Columba”, donde el fundador derramaba su genio de caricaturista político.

Así, entre bromas y anécdotas, se pueden detectar algunos elementos patentes para los contemporáneos pero que después fueron confundidos, favoreciendo las deformaciones y fantasías ideológicas. Por ejemplo, en el capítulo dedicado a Nicolás Repetto aparece éste en una de las primeras caricaturas de Columba presentado como el clásico “Cocoliche”,

representación humorística del tipo de los inmigrantes italianos recién llegados. ¡Y es que en esos primeros años del siglo pasado no se veía a los miembros del Partido Socialista como abanderados de un “cambio de estructuras” sino como expresión de esa masa que aún no se había ubicado dentro de la vida argentina!

Los años parlamentarios de Columba coinciden con la vigencia de ese Partido Socialista, que sin llegar nunca a ser gobierno impregnó con su colorido al período. El mismo Repetto y Federico Pinedo -cuyos orígenes políticos estuvieron en el socialismo- coincidían al afirmar en sus últimos años que el partido había sido siempre de esencia liberal, y que de ese núcleo extrajo las posiciones igualitarias y antirreligiosas que lo caracterizaron. Pero agregaban que su adhesión al principio de la libertad les impedía llegar a las conclusiones – para ellos indeseables, pero lógicas al fin- en que cayeron socialistas de hornadas siguientes.

La persona misma de Alfredo Palacios lo demuestra. Discípulo de Echeverría, Alberdi y Sarmiento, se llamó socialista porque así lo hacían también los liberales positivistas del tiempo en que él era estudiante de derecho; Marx apenas le pasó por la cabeza. Palacios, primer diputado socialista de América, fue elegido por un barrio donde no vivía –La Boca-, apoyado por un electorado pequeño que hacía de punta de lanza para una población de italianos que no votaban por su calidad de extranjeros. “La Boca ya tiene dientes”, comentó su amigo el dramaturgo Florencio Sánchez cuando Palacios salió electo diputado.

Fue su primera entrada en el Congreso, en 1904; la última sería en 1961, cuando un grupo castrista que lo postuló como candidato a Senador por la Capital Federal obtuvo la mayoría. Sin embargo, Palacios no había cambiado; era el mismo romántico del siglo XIX que se había ganado a lo largo de décadas la simpatía y benevolencia de Buenos Aires, que en ese postrero lance electoral lo votó a él y no por cierto al extremismo que tan bien supo aprovechar las contradicciones ideológicas de su candidato.

Juan B. Justo fue otra cosa. En las descripciones que hace Columba del fundador del socialismo argentino se advierte a un hombre más frío e intelectual, que considera a la realidad política y social como la materia con la cual debe hacer una construcción ya delineada en su mente. A él corresponde acreditar la paternidad en la Argentina de la actitud de considerar al partido político como un instrumento para imponer un sistema ideológico. Lo observó bien Hipólito Yrigoyen cuando caratuló al socialismo de Justo como “la secta”. Claro ejemplo de tal modalidad lo aportó Rodolfo Ghioldi: al segregarse de ese tronco original, no necesitó cambiar sus hábitos políticos para formar el Partido Comunista Argentino.

El socialismo fue por eso el primer movimiento que puso al partido por encima de los dirigentes reclamando estricta fidelidad a la línea establecida por las autoridades de la organización, que era dueña de los cargos para los cuales se elegía a sus hombres. Palacios fue de los que no se allanaron a esa disciplina, por lo cual pagó con quince años de expulsión.

En ese aspecto el contraste es manifiesto con el caso de Matías Sánchez Sorondo, largamente evocado por Columba en su libro. También fue separado de su partido, el Demócrata Nacional, siendo él senador por la Provincia de Buenos Aires; pero no se consideró en ningún momento obligado a renunciar a su banca, pues para él el partido no era una realidad suprema sino meramente un medio para poner en contacto a los electores con sus dirigentes y representantes.

Luego de seguir con Columba la trayectoria parlamentaria de Matías Sánchez Sorondo quizás se piense que se trata de un caso aislado o de un lujo que se pudo permitir el más brillante polemista de la oposición a Yrigoyen. Es un error fácil de cometer si se desconoce lo que era el conservadorismo. Hasta que se formó en 1931 el Partido Demócrata, en el país no había existido un partido conservador orgánico con representación en cada distrito; lo que sí hubo fue partidos provinciales que se federaban para sostener candidaturas presidenciales. Por eso en tiempos de los conservadores abundaban los rótulos “unión” y “coalición”.

El general Roca junto con Carlos Pellegrini había fundado el Partido Autonomista Nacional, pero éste era precisamente una serie de acuerdos entre dirigentes regionales, sin nada parecido a las “convenciones” o “comités nacionales” de los partidos posteriores. En cierta manera el conservadorismo continuaba así la organización federal de la República, aunque sin preocuparse demasiado por el creciente centralismo de Buenos Aires. Como estructura partidaria era tan “sui generis” que algunas de sus figuras más importantes pasaban relativamente desapercibidas en el plano nacional. Eso se observa en Columba, que por ejemplo trata muy de paso a Juan Ramón Vidal; es que el senador Vidal no vivía para el Congreso sino para su provincia de Corrientes a la cual manejó durante años, como su gobernador o como su representante parlamentario, pero siempre como su caudillo. Figuras como Vidal eran los puntales políticos de la Argentina conservadora.

Sin embargo, la Unión Cívica Radical, al enfrentarse a los conservadores, se presentó a través de muchos de sus hombres como una fuerza de tradición federal. Sin duda a ello contribuyó la íntima relación que con el sistema rosista había tenido la familia de Hipólito Yrigoyen y Leandro Alem, fundadores del partido. En realidad, sobre este aspecto hay una gran niebla, porque el radicalismo, en su carrera hacia el poder, abrazó en su seno todos los motivos de oposición al “Régimen”, al punto que su programa resultó algo tan genérico como para condensarse en la fórmula “Plena vigencia de la Constitución Nacional”. Muy bien lo pinta Columba en la caricatura donde Yrigoyen aparece caracterizado como la Esfinge, que mantiene sus verdaderas ideas en el misterio.

Aunque Yrigoyen nunca formó parte del Congreso Nacional y siendo Presidente no concurría a leer el mensaje de inauguración de las sesiones, su influencia fue tan grande en la vida parlamentaria como para que Columba se ocupe largamente de él. Es un capítulo donde se percibe que la finalidad de Yrigoyen en el terreno político fue deshacer la estructura del conservadorismo a través de la acción del poder central. De allí que fue nota sobresaliente de su gobierno el número de intervenciones federales que envió a las provincias con el fin de volcar las situaciones vigentes.

No hay dudas de que Yrigoyen cumplió holgadamente su propósito de deshacer el “Régimen”. Éste recibía su solidez de la tradición y de los compromisos, que una vez quebrados resultaba casi imposible recomponer. En realidad, Yrigoyen comprendió mejor que los mismos conservadores dónde estaba el fuerte de éstos, y por eso los llevó a combatir en el terreno sobre el cual el radicalismo resultaba entonces imbatible, es decir, el voto de las masas por el poder centralizado de todo el país.

Tanto es así que la llamada restauración conservadora de 1930 se ejecutó con hombres salidos del radicalismo, los antipersonalistas, que comulgaban con el espíritu de su ex jefe aunque pensaban que había que sacar velocidad a la marcha porque el pueblo todavía no sabía votar. Los conservadores propiamente dichos, a su vez, formaron un partido de dimensiones y estructura nacionales como el radical –fue el Partido Demócrata- al que unieron con los antipersonalistas en la famosa “Concordancia”.

Es decir, se aceptaba que la legitimidad política estaba asentada sobre el principio del sufragio, pero la experiencia indicaba que de las urnas salían muy malos ratos para el país. La Concordancia no atinó a imaginar otra alternativa que reconocer en teoría a la democracia de masas y desvirtuarla en la práctica con el fraude electoral. Lo peor era que sin quererlo realizaban un fraude mayor a la fe pública profundizando el escepticismo cada vez más generalizado por la política.

Esa simulación de principios en los cuales no se creía fue causa de que los hombres de valor se alejaran paulatinamente de la política. En “El Congreso que yo he visto” se va notando una sensible pérdida de interés en los personajes que emergen hacia la década de 1930, y ése es un dato que nos debe hacer reflexionar. Dato reforzado por el hecho de que el libro termina a la vez abrupta y lánguidamente, porque falta el complemento que el autor

promete y que nunca llegó, pero que no se extraña. Así terminó también la personalidad propia del Congreso Nacional, que en sus sucesivas reapariciones mostraría excesiva dependencia respecto al Poder Ejecutivo Nacional.

En 1906, cuando Columba ingresó en el Congreso, murieron Bartolomé Mitre, Bernardo de Irigoyen y Carlos Pellegrini. Era como el símbolo de que la organización política conservadora de la Argentina se resquebrajaba. El año 1943 fue su derrumbe definitivo. En el término que media entre ambas fechas se habían intentado otras fórmulas, que no resultaron viables. Como consecuencia, todas dejaron en sus seguidores un sabor de fracaso mezclado a la expectativa de que podría haber un segundo tiempo más favorable. Tal era el desencuentro de la política argentina en 1943, que se advierte claramente en el libro de Columba.

Ese mismo año, un coronel sagaz comenzó a trenzar con tantas insatisfacciones: unió el anhelo por la democracia de masas de los radicales con los programas revolucionarios de los socialistas, pero compensando con la apelación a los valores tradicionales. Todo en torno a su persona, centro indiscutido de cualquier poder. El tiempo del Parlamento había acabado por consumación natural . y él aparecía como su legítimo heredero. La forma en que administró la sucesión nos concierne directamente todavía.



Centro de Estudios de la Realidad Nacional
Revista Argentina Virtual & Actual



Argentina
Virtual & Actual

Centro de Estudios de la Realidad Nacional

Director: Fernando de Estrada

Centro de Estudios de la Realidad Nacional

Año 11.

septiembre - octubre de 2012

Nº 53

Los que prepararon el castrismo

(Publicado en Verbo de mayo de 1977)

¡Que Dios se apiade del alma de Carlos Prío Socarrás, ha de decirse con especial apelación a la misericordia divina en ocasión del suicidio del último “presidente constitucional” de Cuba. Los despachos periodísticos que dan cuenta de su muerte nada refieren acerca de los posibles motivos que lo llevaron a ella, salvo algunas conjeturas sobre su situación económica. Trance difícil de soportar, , sin duda, sería ése para uno de los magnates de la época más frívola e irresponsable de la isla transformada en casino del Caribe.

Prío Socarrás fue en su carrera política el clásico demócrata de minorías y liberal intolerante, con inocultables simpatías hacia los comunistas, inclinado a la demagogia, pero en el fondo siempre consecuente amparo de los intereses materiales que prosperaban dentro de la anarquía cubana. No fue en esto diferente a tantos políticos americanos, varios de los cuales llegaron también a gobernar sus respectivos países. Aunque reputados pragmáticos y maquiavélicos, sus hechos no permiten concluir que hayan sido inteligentes. Quisieron simular la ficción de nuevas Norteaméricas en chiquito –desde luego, sin los fundamentos institucionales del modelo- donde la cultura del pueblo se medía por su grado de adhesión a la democracia entendida como el dominio de partidos políticos manejados por una oligarquía impenetrable. Consideraban clave de su habilidad el agitar las apetencias populares para llegar al poder y desde allí tranquilizar a los poderes económicos abandonando el anterior programa demagógico.

Pero eso fue, precisamente, su perdición. Con su prédica, impusieron la lucha de clases como principio de legitimidad en la vida política: con sus inconsecuencias, desmoralizaron a la sociedad y la dejaron sin reservas para cuando llegaron las horas de jugarse el destino.

Prío Socarrás lo habrá meditado, seguramente, en su destierro; quizás haya buscado desesperadamente la dolorosa expiación del arrepentimiento, que solo en las almas cristianas fructifica como esperanza de un perdón que de veras hace nuevo a un hombre; mas las virtudes cristianas las habían olvidado estas figuras públicas de la Cuba casino, escépticos para todo valor no computable en términos económicos. Cuanto les quedaba era dejarse devorar por su angustia estéril.

Una vez más: el Señor lo haya liberado, en su infinita misericordia, de una eternidad cuya visión fuera el mal que él y sus amigos desataron sobre Cuba. Visión de horror que pintara dramáticamente, en sus últimos instantes, otro de los grandes responsables de la tragedia cubana, Miguel Ángel Quevedo, en la carta que se transcribe enseguida. El paralelismo de vida y muerte entre Prío Socarrás y Quevedo invita a recordar este documento, publicado en la revista “Región” de la ciudad española de Oviedo el 23 de noviembre de 1969- Miguel Ángel Quevedo había controlado la información pública en Cuba con su revista “Bohemia”, que tiraba un millón de ejemplares por número y era depositaria de cuanto tema disolvente pudiera absorber en su grueso formato, desde la exposición fría y académica de ideas perversas hasta la pornografía más burda. Léase la carta como testimonio de la tragedia de un alma y de las condiciones que hacen brotar naturalmente la revolución comunista.

Carta póstuma de Miguel Ángel Quevedo

Cuando recibas esta carta, ya te habrás enterado por la radio de la noticia de mi muerte. Ya me habré suicidado -¡al fin!- sin que nadie pudiera impedírmelo, como lo impidieron tú y Agustín Alles el 21 de enero de 1965. ¿Te acuerdas? Ese día entraste en mi despacho a entregarme un artículo tuyo. Conversamos un rato. Pero notaste que yo estaba ausente del diálogo. Me viste preocupado, triste, muy triste y profundamente abrumado. Y me lo dijiste. Pensé en mi hermana Rosita, a quien adoro, y se me llenaron de lágrimas los ojos. Quise hablar y no me salieron las palabras. Me alcanzaste un vaso de agua y, después de un sorbo, logré decir algo. Algo que no debía haberte dicho. Te confesé que en el momento mismo en que llegaste a mi despacho estaba pensando en darme un tiro en la cabeza. Y hasta te dije que mi única preocupación era que Rosita me viera tirado en el suelo sobre un gran charco de sangre. No quería dejarle esta última imagen, habiendo decidido -y también te lo confesé- suicidarme sentado en el sofá para que al verme tuviese la impresión de que dormía-

“Estás loco, Miguel”

Recuerdo la expresión de pena y asombro que había en tu cara. Te levantaste. Fuiste a mi escritorio y le quitaste las balas al revólver. Y allí, sentado en el escritorio, me dijiste: “Estás loco, Miguel. Me hablaste de Dios. De la perdición eterna de mi espíritu. De la brevedad de la vida. De la falta que yo le haría a Rosita, dejándole sola en el mundo. Me hablaste de veinte cosas. Y viendo que me resbalaban me amenazaste con llamar a Rosita y a todos los empleados de “Bohemia” para enterarlos. Te supliqué que no lo hicieras. Comprendí la responsabilidad que mi confesión te había echado encima. Y te juré por la vida de Rosita que no lo haría.

Convencido de que me habías desviado del propósito -al menos por el momento- saliste de mi despacho. Te encontraste a la salida con Agustín Alles y se lo contaste. Y tú y Agustín se fueron a ver al doctor Esteban Valdés Castillo. Me llamaron de la casa Valdés Castillo y me pusieron al habla con él. Un gran médico de excepcional talento. Quiso verme con urgencia, pero no nos vimos. Lo que hicimos fue hablar mucho por teléfono. Cuando no me llamaba él a mí, lo llamaba yo a él. Pero habíamos todos los días. Con quien jamás volví a hablar fue contigo.

La carta de un muerto

Perdóname, pero pensé que habías hecho mal en divulgar algo que te había dicho yo a ti, amistosamente, en un momento de flaqueza. Y no volvimos a tener comunicación hasta hoy, en que ni tú, ni Agustín Alles, ni Valdés Castillo, ni nadie, me habrá impedido llevar a vías de hecho mi determinación. Estás, pues, leyendo la carta de un viejo amigo, muerto. Valdés Castillo tenía razón cuando afirmaba que la idea del suicidio pasa por la mente en forma de círculos, que cada vez se van reduciendo hasta convertirse en un punto. Mi punto llegó.

No fui el único culpable

Sé que después de muerto lloverán sobre mi tumba montañas de inculpaciones. Que querrán presentarme como “el único culpable” de la desgracia de Cuba. Y yo no niego mis errores, ni mi culpabilidad: lo que sí niego es que yo fuera “el único culpable”. Culpables fuimos todos en mayor o menor grado de responsabilidad.

Culpables fuimos todos. Los periodistas que llenaban mi mesa de artículos demoleedores arremetiendo contra todos los gobernantes. Buscadores de aplausos que, por satisfacer el morbo infecundo y brutal de las multitudes, por sentirse halagados por la aprobación de la plebe, vestían el odioso uniforme de “oposicionistas sistemáticos”. Uniforme que no se quitaba nunca. No importa quien fuera el presidente. Ni las cosas buenas que estuviera realizando a favor de Cuba. Había que atacarlo. Y había que destruirlo. El mismo pueblo que los elegía pedía a gritos sus cabezas en la plaza pública. El pueblo también fue culpable. El pueblo que quería a Guiteras. El pueblo que quería a Chivás. El pueblo que aplaudía a Pardo Llada. El pueblo que compraba la revista “Bohemia” porque “Bohemia” era el vocero de ese pueblo. El pueblo que acompañó a Fidel desde Oriente hasta el campamento de Colombia.

Fidel no es más que la resultante de la demagogia y de la insensatez. Todos contribuimos a crearlo. Y todos, por resentidos, por demagogos, por estúpidos, o por malvados, somos culpables de que llegara al poder. Los periodistas que conociendo la hoja penal de Fidel, su participación en el bogotazo comunista, el asesinato de Manolo Castro y su conducta gangsteril en la Universidad de La Habana, pedíamos una amnistía para él y sus cómplices en el asalto al Cuartel Moncada, cuando se encontraba en prisión.

Fue culpable el Congreso que aprobó la Ley de Amnistía. Y los comentaristas de radio y televisión que la colmaron de elogios. Y la chusma que la aplaudió delirantemente en las graderías del Congreso de la República.

“Bohemia” no era más que un eco de la calle. Aquella calle contaminada por el odio que aplaudió a “Bohemia” cuando “Bohemia” inventó “los veinte mil muertos”. Invención diabólica del dipsómano Enriqueto de la Cha que sabía que “Bohemia” era un eco de la calle, pero que también la calle se hacía eco de lo que publicaba “Bohemia”.

Fueron culpables los millonarios que llenaron de dinero a Fidel para que derribara al régimen. Los militares traidores que se lo vendieron al barbudo criminal. Y los que se ocupaban más del contrabando y del robo que de las acciones militares de la Sierra Maestra.

Los curas de sotana roja

Fueron culpables los curas de sotana roja que mandaban a los jóvenes a la Sierra a servir a Castro, y sus guerrilleros. Y el clero, oficialmente, que respaldaba a la revolución comunista con aquellas pastorales encendidas conminando al gobierno a entregar el poder.

Fue culpable Estados Unidos de América que se incautó de las armas destinadas a las Fuerzas Armadas de Cuba en su lucha contra los guerrilleros. Y fue culpable el State Department que respaldó la conjura internacional dirigida por los comunistas para adueñarse de Cuba.

Fue culpable la mayoría de la prensa americana. En particular el vocero casi oficial de la Cancillería “The New York Times”, que con sus campañas proyectó a Fidel como un héroe de leyendas.

Fueron culpables Gobierno y Oposición cuando el Diálogo Cívico por no ceder y llegar a un acuerdo decoroso, pacífico y patriótico. Y los infiltrados por Fidel en aquella gestión, para sabotearla y hacerla fracasar como lo hicieron.

Fueron culpables los políticos abstencionistas que cerraron las puertas a todos los caminos electoralistas. Y los periódicos como “Bohemia” que les hicieron el juego a los abstencionistas, negándose a publicar nada relacionado con aquellas elecciones.

Todos fuimos culpables. Todos. Por acción u omisión. Viejos y jóvenes. Ricos y pobres. Blancos y negros. Honrados y ladrones. Honestos y ladrones. Virtuosos y pecadores. Claro que nos faltaba aprender la lección increíble y amarga: que los más “virtuosos” y los más “honrados” eran los peores.

Abandonado en la caída

Muero asqueado. Solo. Proscrito. Desterrado. Y traicionado y abandonado por amigos a quienes brindé generosamente mi apoyo moral y económico en días muy difíciles. Como Rómulo Betancourt, Figueres, Muñoz Marín. Los titanes de esa “Izquierda Democrática” que tan poco tiene de “democrática” y tanto tiene de “izquierda”. Todos, deshumanizados y fríos, me abandonaron en la caída. Cuando se convencieron de que yo era anticomunista, me demostraron que ellos eran antiquevedistas. Son los presuntos forjadores del tercer mundo. El mundo de Mao Tse Tung.

Ojalá mi muerte sea fecunda. Y obligue a meditación. Para que los anunciantes no llenen de poderío con sus anuncios a publicaciones tendenciosas, sembradoras de odio y de infamia, capaces de destruir hasta la integridad física y moral de una nación o de un destierro. Y para que el pueblo recapacite y repudie a esos voceros del odio, cuyos frutos hemos visto que no podían ser más amargos.

Fuimos un pueblo cegado por el odio. Y todos caímos víctimas de esa ceguera. Nuestros pecados pesaron más que nuestras virtudes. Nos olvidamos de Núñez de Arce cuando dijo: “Cuando un pueblo olvida sus virtudes lleva en sus propios vicios su tirano”.

Adiós. Éste es mi último adiós. Y díles a todos mis compatriotas que yo perdono con los brazos en cruz sobre mi pecho para que ellos me perdonen todo el mal que yo he hecho.

Miguel Ángel Quevedo



Centro de Estudios de la Realidad Nacional
Revista Argentina Virtual & Actual



Argentina
Virtual & Actual

Centro de Estudios de la Realidad Nacional

Director: Fernando de Estrada

Centro de Estudios de la Realidad Nacional

Año 11.

septiembre - octubre de 2012

Nº 53

Los que prepararon el castrismo

(Publicado en Verbo de mayo de 1977)

¡Que Dios se apiade del alma de Carlos Prío Socarrás, ha de decirse con especial apelación a la misericordia divina en ocasión del suicidio del último “presidente constitucional” de Cuba. Los despachos periodísticos que dan cuenta de su muerte nada refieren acerca de los posibles motivos que lo llevaron a ella, salvo algunas conjeturas sobre su situación económica. Trance difícil de soportar, , sin duda, sería ése para uno de los magnates de la época más frívola e irresponsable de la isla transformada en casino del Caribe.

Prío Socarrás fue en su carrera política el clásico demócrata de minorías y liberal intolerante, con inocultables simpatías hacia los comunistas, inclinado a la demagogia, pero en el fondo siempre consecuente amparo de los intereses materiales que prosperaban dentro de la anarquía cubana. No fue en esto diferente a tantos políticos americanos, varios de los cuales llegaron también a gobernar sus respectivos países. Aunque reputados pragmáticos y maquiavélicos, sus hechos no permiten concluir que hayan sido inteligentes. Quisieron simular la ficción de nuevas Norteaméricas en chiquito –desde luego, sin los fundamentos institucionales del modelo- donde la cultura del pueblo se medía por su grado de adhesión a la democracia entendida como el dominio de partidos políticos manejados por una oligarquía impenetrable. Consideraban clave de su habilidad el agitar las apetencias populares para llegar al poder y desde allí tranquilizar a los poderes económicos abandonando el anterior programa demagógico.

Pero eso fue, precisamente, su perdición. Con su prédica, impusieron la lucha de clases como principio de legitimidad en la vida política: con sus inconsecuencias, desmoralizaron a la sociedad y la dejaron sin reservas para cuando llegaron las horas de jugarse el destino.

Prío Socarrás lo habrá meditado, seguramente, en su destierro; quizás haya buscado desesperadamente la dolorosa expiación del arrepentimiento, que solo en las almas cristianas fructifica como esperanza de un perdón que de veras hace nuevo a un hombre; mas las virtudes cristianas las habían olvidado estas figuras públicas de la Cuba casino, escépticos para todo valor no computable en términos económicos. Cuanto les quedaba era dejarse devorar por su angustia estéril.

Una vez más: el Señor lo haya liberado, en su infinita misericordia, de una eternidad cuya visión fuera el mal que él y sus amigos desataron sobre Cuba. Visión de horror que pintara dramáticamente, en sus últimos instantes, otro de los grandes responsables de la tragedia cubana, Miguel Ángel Quevedo, en la carta que se transcribe enseguida. El paralelismo de vida y muerte entre Prío Socarrás y Quevedo invita a recordar este documento, publicado en la revista “Región” de la ciudad española de Oviedo el 23 de noviembre de 1969- Miguel Ángel Quevedo había controlado la información pública en Cuba con su revista “Bohemia”, que tiraba un millón de ejemplares por número y era depositaria de cuanto tema disolvente pudiera absorber en su grueso formato, desde la exposición fría y académica de ideas perversas hasta la pornografía más burda. Léase la carta como testimonio de la tragedia de un alma y de las condiciones que hacen brotar naturalmente la revolución comunista.

Carta póstuma de Miguel Ángel Quevedo

Cuando recibas esta carta, ya te habrás enterado por la radio de la noticia de mi muerte. Ya me habré suicidado -¡al fin!- sin que nadie pudiera impedírmelo, como lo impidieron tú y Agustín Alles el 21 de enero de 1965. ¿Te acuerdas? Ese día entraste en mi despacho a entregarme un artículo tuyo. Conversamos un rato. Pero notaste que yo estaba ausente del diálogo. Me viste preocupado, triste, muy triste y profundamente abrumado. Y me lo dijiste. Pensé en mi hermana Rosita, a quien adoro, y se me llenaron de lágrimas los ojos. Quise hablar y no me salieron las palabras. Me alcanzaste un vaso de agua y, después de un sorbo, logré decir algo. Algo que no debía haberte dicho. Te confesé que en el momento mismo en que llegaste a mi despacho estaba pensando en darme un tiro en la cabeza. Y hasta te dije que mi única preocupación era que Rosita me viera tirado en el suelo sobre un gran charco de sangre. No quería dejarle esta última imagen, habiendo decidido -y también te lo confesé- suicidarme sentado en el sofá para que al verme tuviese la impresión de que dormía-

“Estás loco, Miguel”

Recuerdo la expresión de pena y asombro que había en tu cara. Te levantaste. Fuiste a mi escritorio y le quitaste las balas al revólver. Y allí, sentado en el escritorio, me dijiste: “Estás loco, Miguel. Me hablaste de Dios. De la perdición eterna de mi espíritu. De la brevedad de la vida. De la falta que yo le haría a Rosita, dejándole sola en el mundo. Me hablaste de veinte cosas. Y viendo que me resbalaban me amenazaste con llamar a Rosita y a todos los empleados de “Bohemia” para enterarlos. Te supliqué que no lo hicieras. Comprendí la responsabilidad que mi confesión te había echado encima. Y te juré por la vida de Rosita que no lo haría.

Convencido de que me habías desviado del propósito -al menos por el momento- saliste de mi despacho. Te encontraste a la salida con Agustín Alles y se lo contaste. Y tú y Agustín se fueron a ver al doctor Esteban Valdés Castillo. Me llamaron de la casa Valdés Castillo y me pusieron al habla con él. Un gran médico de excepcional talento. Quiso verme con urgencia, pero no nos vimos. Lo que hicimos fue hablar mucho por teléfono. Cuando no me llamaba él a mí, lo llamaba yo a él. Pero habíamos todos los días. Con quien jamás volví a hablar fue contigo.

La carta de un muerto

Perdóname, pero pensé que habías hecho mal en divulgar algo que te había dicho yo a ti, amistosamente, en un momento de flaqueza. Y no volvimos a tener comunicación hasta hoy, en que ni tú, ni Agustín Alles, ni Valdés Castillo, ni nadie, me habrá impedido llevar a vías de hecho mi determinación. Estás, pues, leyendo la carta de un viejo amigo, muerto. Valdés Castillo tenía razón cuando afirmaba que la idea del suicidio pasa por la mente en forma de círculos, que cada vez se van reduciendo hasta convertirse en un punto. Mi punto llegó.

No fui el único culpable

Sé que después de muerto lloverán sobre mi tumba montañas de inculpaciones. Que querrán presentarme como “el único culpable” de la desgracia de Cuba. Y yo no niego mis errores, ni mi culpabilidad: lo que sí niego es que yo fuera “el único culpable”. Culpables fuimos todos en mayor o menor grado de responsabilidad.

Culpables fuimos todos. Los periodistas que llenaban mi mesa de artículos demoleedores arremetiendo contra todos los gobernantes. Buscadores de aplausos que, por satisfacer el morbo infecundo y brutal de las multitudes, por sentirse halagados por la aprobación de la plebe, vestían el odioso uniforme de “oposicionistas sistemáticos”. Uniforme que no se quitaba nunca. No importa quien fuera el presidente. Ni las cosas buenas que estuviera realizando a favor de Cuba. Había que atacarlo. Y había que destruirlo. El mismo pueblo que los elegía pedía a gritos sus cabezas en la plaza pública. El pueblo también fue culpable. El pueblo que quería a Guiteras. El pueblo que quería a Chivás. El pueblo que aplaudía a Pardo Llada. El pueblo que compraba la revista “Bohemia” porque “Bohemia” era el vocero de ese pueblo. El pueblo que acompañó a Fidel desde Oriente hasta el campamento de Colombia.

Fidel no es más que la resultante de la demagogia y de la insensatez. Todos contribuimos a crearlo. Y todos, por resentidos, por demagogos, por estúpidos, o por malvados, somos culpables de que llegara al poder. Los periodistas que conociendo la hoja penal de Fidel, su participación en el bogotazo comunista, el asesinato de Manolo Castro y su conducta gangsteril en la Universidad de La Habana, pedíamos una amnistía para él y sus cómplices en el asalto al Cuartel Moncada, cuando se encontraba en prisión.

Fue culpable el Congreso que aprobó la Ley de Amnistía. Y los comentaristas de radio y televisión que la colmaron de elogios. Y la chusma que la aplaudió delirantemente en las graderías del Congreso de la República.

“Bohemia” no era más que un eco de la calle. Aquella calle contaminada por el odio que aplaudió a “Bohemia” cuando “Bohemia” inventó “los veinte mil muertos”. Invención diabólica del dipsómano Enriqueto de la Cha que sabía que “Bohemia” era un eco de la calle, pero que también la calle se hacía eco de lo que publicaba “Bohemia”.

Fueron culpables los millonarios que llenaron de dinero a Fidel para que derribara al régimen. Los militares traidores que se lo vendieron al barbudo criminal. Y los que se ocupaban más del contrabando y del robo que de las acciones militares de la Sierra Maestra.

Los curas de sotana roja

Fueron culpables los curas de sotana roja que mandaban a los jóvenes a la Sierra a servir a Castro, y sus guerrilleros. Y el clero, oficialmente, que respaldaba a la revolución comunista con aquellas pastorales encendidas conminando al gobierno a entregar el poder.

Fue culpable Estados Unidos de América que se incautó de las armas destinadas a las Fuerzas Armadas de Cuba en su lucha contra los guerrilleros. Y fue culpable el State Department que respaldó la conjura internacional dirigida por los comunistas para adueñarse de Cuba.

Fue culpable la mayoría de la prensa americana. En particular el vocero casi oficial de la Cancillería “The New York Times”, que con sus campañas proyectó a Fidel como un héroe de leyendas.

Fueron culpables Gobierno y Oposición cuando el Diálogo Cívico por no ceder y llegar a un acuerdo decoroso, pacífico y patriótico. Y los infiltrados por Fidel en aquella gestión, para sabotearla y hacerla fracasar como lo hicieron.

Fueron culpables los políticos abstencionistas que cerraron las puertas a todos los caminos electoralistas. Y los periódicos como “Bohemia” que les hicieron el juego a los abstencionistas, negándose a publicar nada relacionado con aquellas elecciones.

Todos fuimos culpables. Todos. Por acción u omisión. Viejos y jóvenes. Ricos y pobres. Blancos y negros. Honrados y ladrones. Honestos y ladrones. Virtuosos y pecadores. Claro que nos faltaba aprender la lección increíble y amarga: que los más “virtuosos” y los más “honrados” eran los peores.

Abandonado en la caída

Muero asqueado. Solo. Proscrito. Desterrado. Y traicionado y abandonado por amigos a quienes brindé generosamente mi apoyo moral y económico en días muy difíciles. Como Rómulo Betancourt, Figueres, Muñoz Marín. Los titanes de esa “Izquierda Democrática” que tan poco tiene de “democrática” y tanto tiene de “izquierda”. Todos, deshumanizados y fríos, me abandonaron en la caída. Cuando se convencieron de que yo era anticomunista, me demostraron que ellos eran antiquevedistas. Son los presuntos forjadores del tercer mundo. El mundo de Mao Tse Tung.

Ojalá mi muerte sea fecunda. Y obligue a meditación. Para que los anunciantes no llenen de poderío con sus anuncios a publicaciones tendenciosas, sembradoras de odio y de infamia, capaces de destruir hasta la integridad física y moral de una nación o de un destierro. Y para que el pueblo recapacite y repudie a esos voceros del odio, cuyos frutos hemos visto que no podían ser más amargos.

Fuimos un pueblo cegado por el odio. Y todos caímos víctimas de esa ceguera. Nuestros pecados pesaron más que nuestras virtudes. Nos olvidamos de Núñez de Arce cuando dijo: “Cuando un pueblo olvida sus virtudes lleva en sus propios vicios su tirano”.

Adiós. Éste es mi último adiós. Y díles a todos mis compatriotas que yo perdono con los brazos en cruz sobre mi pecho para que ellos me perdonen todo el mal que yo he hecho.

Miguel Ángel Quevedo